

La Feria y el Mercado

Por Juan ALBERTI

Va mucha diferencia de una Feria a «un Mercado». Y muchísimo más al Mercado. Los libreros de Madrid, porque supongo que serán los libreros, se empeñan en hacer mercado de libros en un lugar que llaman Feria, abierta todos los años en los albores de junio, para precipitar a las islas Azores en contra nuestra.

Las islas Azores son la marca patentada de productores serios que tiene la península Ibérica en materia de meteorología rebelde y húmeda. La Feria del Libro es una continua provocación al «dumping» borrascoso de las islas Azores, y en cuanto se alinean los libros nuevos en los estantes viejos de la Feria, son sucesivas las oleadas de bajas presiones enfurecidas que arremeten de frente contra el encantador y luminoso cielo madrileño.

De tal modo es tradicional la precipitación acuosa sobre los libros, que todo allí parece un quehacer precipitado. Los únicos que no se precipitan a comprar libros son los lectores, en este caso mal calificados, porque si no compran libros no leen, y si no leen no son lectores.

Del mismo modo, suele llamarse consumidores a los que no consumen y esta fue siempre la grave equivocación de los mercaderes. Las ferias no se han hecho nunca para los consumidores, sino para los proveedores de éstos, para los intermediarios que compran para vender en los mercados, o para hacer mercado.

Hay mucha diferencia de una Feria a un Mercado, ya lo he dicho antes, y lo que más se nota en el paseo de Recoletos, es la ausencia de alegría en las casetas, motivo feriero de gran importancia. Si hemos de buscar el hecho diferencial entre una feria y un mercado, entre una Feria y un Mercado, como el significativo: una Feria es un modo de vender alegre; un Mercado es sencillamente un modo de vender nada más.

El primer error de los libreros de Madrid, que hacen Mercado en la Feria, han sido las casetas de este año, que son grises y de color de nube, fabricadas al cemento, que es lo menos bello para un comercio. ¿Dónde se ha visto una Feria de cemento? La alegría de las casetas de feria, Sevilla por delante, está en el aire volandero y portátil de su entraña; es una alegría que se puede llevar por toda la feria; llevar y traer. El cemento es tristeza pesada que no es portátil y se estaciona. Precisamente la imagen más usada para retratar a un escritor o a un libro, es otra clase de cemento: se dice que son plúmbeos o de hormigón armado. Y en la Feria del Libro parece que están contagiados del cemento prefabricado todos los tomos y todas las ediciones.

Uno que sabe hacer libros alegres es Marino Gómez-Santos. Marino trae y lleva la alegría de su aire, de su entrevista, de su conversación, de unos a otros personajes de la Fama, lo cual no es tan fácil, porque la Fama es siempre la misma, pero los personajes son distintos. Los personajes célebres son los fe-

riantes de la Fama y Marino tiene la mejor caseta de feria montada al aire de su alegre charla para estos clientes de la Celebridad.

Ahora mismo ha publicado sus entrevistas con Gregorio Marañón bajo el título «Gregorio Marañón cuenta su vida». Lleva el libro un prólogo del hijo del eximio doctor en el que cuenta que su padre le enseñó un nuevo modo de escribir la historia. Y eso es muy cierto: «El duque de Olivares» fue la gran revelación. Por ese camino me atrevo a decir que Marino Gómez-Santos ha descubierto una nueva forma de hacer la entrevista, es una forma seria que sonríe, es un modo de hacer alegre y simpático, con un sello de juventud que deja señales insuperables. Y tal parece, con esos ingredientes, que todos los personajes que entrevista Gómez-Santos son unos tios la mar de simpáticos; de ahí el «savoir faire» de los franchutes.

Cincuenta mil ejemplares de este libro han sido adquiridos por la Asociación de Médicos para repartirlos entre todos sus asociados; claro es, han sido adquiridos fuera de la Feria del Libro, lo cual se explica perfectamente. Una cosa es la Feria y otra cosa es vender.